


ciencia y de la sabiduría divinas, (1) y de María, la Hija del Padre celestial, la Madre del Verbo encarnado, la Esposa del Espíritu de gracia; cerca de Jesús y de María, que estando unidos íntima é indisolublemente en el Amor, viven y reinan con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.



(1) In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi. (Col., II).



SEÑOR SAN JOSÉ,
SUS GLORIAS Y PRIVILEGIOS.

CAPITULO I.

Necesidad de la devoción para con los santos.

Si queremos comprender bien por una ojeada general cuán necesario es el culto de los santos para nuestro adelantamiento en la gracia, no será inútil dirigir las miradas sobre la naturaleza material que nos rodea.

Verdaderamente, no sin un profundo misterio las Santas Escrituras nos presentan incesantemente las cosas sobrenaturales bajo símbolos diversos sacados del orden corporal. Si nuestro Señor y sus Apóstoles, y antes de ellos los Profetas y los historiadores del Antiguo Testamento, se han servido de estas *fi-*

¿uras que llevan todos los libros santos, si han designado por ejemplo, á la gracia divina bajo las multiplicadas comparaciones de un viento impetuoso, del aceite, del agua, del fuego, del trigo, del pan, de una semilla que germina, de un árbol que crece, de un perfume que se esparce, de un sello que se imprime en la cera, y bajo una multitud de semejanzas diversas, sacadas de la naturaleza: no hay duda que al obrar así querían enseñarnos que el orden corporal lleva en sí indeleblemente grabada la semejanza de los misterios mas sublimes. Querían enseñarnos que las cosas espirituales que no podemos ver con nuestros ojos ni tocar con nuestras manos, se reflejan, por decirlo así en los objetos materiales que los reproducen con fidelidad como un espejo.

Por lo demás, é independientemente de las graves lecciones de la Escritura, fácilmente habríamos podido descubrir por nosotros mismos esa mutua correspondencia de los dos órdenes, *inferior* y *superior*. ¿No es verdad que todo el mundo terrestre está ordenado al mundo sobrenatural de la gracia, para servirle de punto de apoyo? Por esto pues, debe delinear en sí mismo la semejanza de esas regiones *superiores* que está llamado á preparar y á llevar como el cuerpo lleva al alma. Es

necesario que sea como un retrato de las facciones espirituales de la gracia; es preciso que sirva para manifestarle por una aparición material y visible así como nuestro semblante sirve para revelar á las miradas de nuestro amigo los pensamientos que atraviesan nuestra inteligencia y los afectos que hacen palpar nuestro corazón.

Por esto, siendo así necesariamente la correspondencia del *espíritu* y de la *materia*, para comprender bien por qué medios alimenta Dios y hace crecer nuestras almas, contemplemos en primer lugar cuáles intermediarios emplea para alimentar y hacer crecer nuestro cuerpo.

¿Acaso no habria sido Dios capaz de producir directamente y por sí mismo las diversas acciones necesarias para la conservación de esta vida material que forma como la primera parte de nuestro ser? ¿Le sería imposible alumbrarnos sin el sol, sustentarnos sin el pan ni los diversos alimentos y protejernos contra el frío sin la lana y los vestidos que nos defienden? Ciertamente que Dios podía producir por sí mismo las diversas obras que sus criaturas producen y reemplazarlas á todas en los servicios que incesantemente nos prestan.

Mas si esta sustitución de la acción divina á la acción de las criaturas era *posible* en rigor, ¿sería acaso conveniente? Sin duda que nó; porque un cambio semejante destruiría toda la armonía del universo; puesto que Dios queria *crear* y conferir el beneficio de la *existencia*, era necesario que este *sér* que daba á las criaturas no fuese vano y estéril, sino que rodeasen en torno de sí por actos multiplicados que fuesen como el desarrollo de su existencia. Porque ¿para qué había de producir un sol si había de rehusarle el poder de iluminar los mundos? ¿Para qué hacía crecer en las campiñas un trigo que jamás debería servirnos de alimento? ¿Para qué hacía existir tantos séres innumerables si los privaba de toda influencia, de toda causalidad y de toda acción?

Es pues, necesario que cada sér, según su naturaleza y su especie, deje irradiar en torno suyo la actividad que ha recibido; y puesto que el hombre es el centro de la creación terrestre, es necesario que las criaturas que le rodean contribuyan de mil maneras diferentes á aliviarle en su indigencia y á servirle en sus necesidades. A medida que avanzan los tiempos y que la realización del plan divino llega á ser mas universal y mas perfecta, es preci-

so que las criaturas inanimadas se presten todos los días más, al servicio del hombre, su soberano y monarca; es preciso que el agua se haga mas dócil y corra por canales que le eran aun desconocidos; que el océano domine su furor y respete los buques que trasportan del uno al otro polo; que la tierra entregue con mas abundancia todos los tesoros que encierran sus entrañas; que los metales se ablanden más bajo el martillo del obrero como bajo el cincel del artista; que el vapor trabaje en lugar de la fuerza humana; y que el calor, la electricidad, la luz, la gravedad, la cohesión y las otras fuerzas vivas de la naturaleza, se sujeten bajo nuestras leyes y se apresuren á servirnos para excusar nuestra pena y disminuir nuestro trabajo.

Cambiemos ahora de punto de vista y trasportémonos al órden sobrenatural de la gracia.

Los protestantes preguntan: «¿Pues qué, Dios no es bastante poderoso para darnos por sí solo todas las gracias que nos son necesarias para el crecimiento de nuestra alma? Compréndese que un rey terreno divida con muchos ministros y con una multitud de subordinados el cuidado del gobierno de su reino, puesto que la debilidad humana hace imposible para un solo hombre el peso de una

solicitud tan vasta. Mas cuando se trata del Creador de todas las cosas, de Dios que lo ve todo con una sola mirada, y que todo lo hace con una palabra, ¿para qué pues, había de tomar para servirle de auxiliares á las criaturas tan inferiores en poder y sin las cuales puede pasarse sin esfuerzo y sin fatiga? ¿Para qué había de obligarnos á mendigar de los santos algunas migajas caídas de su mesa, cuando puede darnos directamente beneficios mas considerables y enriquecernos para siempre en un instante? Es pensar indignamente de la Majestad divina el querer sujetarla al empleo de estos cóoperadores subalternos que sólo la debilidad humana hace necesarios entre nosotros.»

Sin duda ninguna, responderemos, Dios podría, si quisiese, suplir por su poder infinito los diversos socorros que recibimos de los bienaventurados y de los santos ángeles: podría derramar sobre nosotros directamente por sí mismo los bienes que debemos recibir y de los cuales tenemos tan grande necesidad. Mas ¿sería conveniente que Dios siguiese una conducta semejante en la distribución de sus gracias? Cuando lo vemos emplear para el sostén de nuestra vida material mil criaturas diversas que son para nosotros los ca-

nales de sus beneficios, ¿sería conveniente que en el órden espiritual y sobrenatural opere todo *por sí mismo* sin asociar ninguna criatura á su acción? He aquí lo que debemos determinar, porque nó basta saber lo que Dios *puede* hacer en rigor; es necesario sobre todo considerar lo que es *conveniente* que Dios haga á fin de llegar á la realización *mejor ordenada* de sus designios.

Si decimos que las criaturas materiales parecerían privadas de un derecho legítimo si Dios les rehusase la actividad que las hace obrar sobre nosotros de mil diversas maneras para nuestro bien, ¿cómo pensaríamos que el plan divino sería perfecto si los santos que son incomparablemente mas dignos que los seres corporales, permaneciesen sin ninguna influencia sobre nuestro adelantamiento en la gracia y sobre nuestros progresos en la virtud? El sol parecería vano é inútil, si Dios dándole la luz y el calor le rehusase el poder de trasmitirlos en torno suyo y de lanzarlos en los espacios: y los santos, dotados de prerrogativas incomparablemente mas perfectas, llenos de la luz divina y del ardoroso fuego del Espíritu Santo, habían de permanecer concentrados y encerrados en sí mismos y privados de toda acción.

La Santísima Humanidad de Jesucristo, elevada hasta la unión de la Persona del Verbo, y por consiguiente enriquecida de inefables perfecciones, no participarían ni de lo que conviene al mas vulgar é infimo de todos los *agentes* de la naturaleza corporal! ¡Y la Santísima Virgen María estaría adornada de la mas encantadora pureza, de la castidad mas inmaculada; y sin embargo, no tendría el poder de producir en la Iglesia otras purezas y castidades que llevasen la semejanza de la suya! *Nada* hay sin acción en el mundo grosero de los cuerpos; ¡y lo habría *todo* sin acción en el mundo incomparablemente mas perfecto y por consiguiente mas activo del espíritu y de la gracia! Mientras más se acercan las criaturas al Criador, más llegan á ser semejantes á El. ¿Cómo, pues, podríamos comprender que cuando Dios obra incesantemente con una fuerza infinita, todos los santos que son sus vivas imágenes, debían permanecer no obstante sepultados en la inacción y en la ociosidad más extrañas?

Nó; no podemos admitir ni por un solo instante este sistema imposible. Debemos creer que la Humanidad de Jesucristo, la Santísima Virgen Maria, y todos los ángeles y santos del cielo, obran á cada instante sobre nos-

otros, cada uno según la naturaleza de su poder y de su gracia, para arrancarnos de los pecados y los vicios, para afirmarnos en la luz y hacernos adelantar en la virtud. Debemos creer que esta acción benéfica crece todos los dias á medida que el plan divino se realiza; que se organiza el mundo sobrenatural y que nuevos astros se levantan sobre el horizonte espiritual de la Iglesia celestial, y se unen mas estrechamente á los astros vecinos para dejar descender hasta nosotros la luz de sus beneficios mas abundantes y armoniosamente distribuida.

— Mas ¿no basta *recibir* pura y simplemente las celestiales influencias de estos astros benéficos, sin tomarnos el trabajo de pedir las y obtenerlas por nuestro culto y nuestras oraciones? Acabamos de probar por consideraciones universales que los santos deben tener una poderosa influencia sobre el perfeccionamiento de nuestra alma: para resolver enteramente la cuestión de la necesidad de la *devoción para con los santos*, es necesario dar un paso más. Debemos probar ahora que no basta *aceptar* los dones de nuestros bienhechores sobrenaturales, y que debemos también dirigirnos incesantemente á ellos por las aspiraciones de nuestra alma, á fin de *llamar-*

los en nuestra ayuda é *implorar* sobre nosotros su asistencia. El sol dá, es verdad, su luz á los planetas que sin embargo no tienen necesidad de obtenerla por medio de súplicas: ¿quién sabe, se nos dirá quizá, si los celestiales iluminadores del mundo sobrenatural se conducirán del mismo modo y tendrán por destino enriquecernos sin nuestra cooperación y por decirlo así, sin saberlo nosotros?

Esta dificultad encontrará su solución en la consideración mas atenta de la naturaleza material cuyos socorros son necesarios á la mantención de nuestra vida

Es verdad que el sol y otros muchos agentes físicos nos ofrecen por decirlo así, *necesariamente* sus servicios. El sol nos alumbra y nos calienta sin que tengamos ningún trabajo para recibir sus rayos: la lluvia viene á regar nuestros campos y los fecunda, y el agricultor puede limitarse á dar gracias á Dios que se la envía: la tierra nos sostiene; el agua nos refrigera; el aire sirve á nuestra respiración sin ningún trabajo de nuestra parte. Del mismo modo creemos que los ángeles y santos del cielo, la Santísima Virgen María y la Humanidad de Jesucristo no privan enteramente de sus beneficios ni aun á aquellos que no se disponen á recibirlos por la piedad

y la oración: hay ciertas gracias menos numerosas que se ofrecen universalmente á todos aun á los que no las desean, y aun aquellos que no piensan en merecerlas pidiéndolas. Mas ¿sucede lo mismo con la *universalidad* de las gracias que los santos tienen poder de hacer descender sobre la Iglesia?

En el orden material, el hombre que se limitara á recibir sin ningún trabajo personal la acción favorable de las criaturas que le rodean, ¿tendría una vida muy feliz y perfecta? Suponed que cruzando los brazos dejè de solicitar los agentes de la naturaleza. No se tomará el trabajo de labrar la tierra, de sembrar ni de cosechar: no se tejerá ningún vestido; no construirá casas, ni puentes, ni embarcaciones, ni diques; no cavará la tierra para sacar de allí los metales que encierra: sino que esperará que todas las criaturas le sirvan, le vistan, lo alimenten y le consuelen. ¿Cuál será la suerte de este hombre? Y ¿cuántos días vivirá en medio de la indigencia universal en que le harán caer luego su pereza y su inacción?

En el mundo sobrenatural debemos encontrar fenómenos enteramente semejantes. Si alguno, satisfecho con los socorros que los santos nos conceden sin la piedad y la ora-

ción, rehusa ocuparse en merecer sus beneficios con sus oraciones y el culto incesante de su inteligencia y de toda su alma, éste, vemos claramente que muy pronto va á encontrarse abrumado por la miseria. Si quiere vivir y crecer en la gracia, si quiere satisfacer esas mil necesidades espirituales, de las cuales no son mas que una débil imágen las necesidades corporales, es preciso que recurra incesantemente á esos intermediarios multiplicados que forman en el cielo todo un mundo espiritual ampliamente organizado. Si quiere crecer y hacer crecer con él la santa Iglesia, si quiere adelantar los días de la civilización sobrenatural y divina, menester es que se conduzca como hacen los físicos, los naturalistas, los astrónomos y los químicos; que examine incesantemente los depositarios de la fuerza y la bondad divinas á fin de obligarlos á dar los tesoros de que disponen, Con el sudor de su frente gana el hombre el pan material que le conserva la vida: y cuando se trata del verdadero pan, el del alma, debe comprarse igualmente con la pena y el trabajo.

Según lo que acabamos de decir, fácil es comprender la táctica infernal de que se sirve el demonio cuando aleja á los católicos

tibios de la devoción para con los santos, á fin de hacerlos caer en seguida en el *protestantismo* que niega el culto de los santos y de la Santísima Virgen, conservando nada más el de la Humanidad de Cristo, y precipitarlos por el último en el *racionalismo* ó *deísmo* que pretende limitarse al culto y á la veneración de Dios *solo*.

En esta marcha páfida que comienza por una imperceptible tibieza en la piedad, para terminarse en los mas espantosos abismos, no le faltan al demonio razones seductoras para ocultar sus artificios y sus lasos. Nos sugiere que en Jesucristo, ó en Dios son mas grandes el poder y la misericordia, y que por consiguiente es mas ventajoso implorarlos directamente sin ningún intermediario. Dice nos que cuantas alabanzas se terminan en los santos son otros tantos hurtos á lo que debemos pagar á la divina Majestad: que és, pues, necesario ante todo, cumplir bien nuestros deberes para con Dios, y que cuando hayamos satisfecho á esta obligación principal, entonces será tiempo de pensar en las menos importantes. Añade que sólo Dios es nuestro último fin, y que deteniéndonos en los santos que son criaturas no conseguiremos nunca llegar hasta Dios.

Mas instruidos ahora acerca de los lazos que se nos tienden, rechazaremos fácilmente esas tentaciones del enemigo de nuestras almas; y sabremos responderle que si Dios puede de todas las cosas, se complace en honrar á sus criaturas estableciéndolas cooperadoras de sus obras. Comprenderemos y sostendremos firmemente que en el mundo espiritual lo mismo que en el material, si queremos vivir y crecer para el cielo, preciso es ir á buscar nuestros socorros con las criaturas que los tienen en depósito; y que Dios no nos dará jamás de la abundancia de sus gracias si no vamos á buscarlas en los santos, los ángeles, la Bienaventurada Virgen y la Santísima Humanidad de Jesucristo que están establecidos como dispensadores y distribuidores de sus beneficios.

Y luego, para vencer mas completamente al tentador y destruir del todo las malditas invenciones de su malicia, no nos limitaremos á simples razonamientos, ni nos contentaremos con consideraciones especulativas; sino que juntaremos las acciones á la doctrina, volveremos las miradas de nuestra alma hácia los protectores celestiales que nos han dado la liberalidad divina, y arrodillándonos á los piés de sus benditas imágenes, les diri-

geremos del fondo de nuestro corazón esta ardiente súplica:

"¡Oh gloriosos ciudadanos de la patria celestial! Vosotros á quienes ningún dolor affige, ninguna ignorancia ciega, ni ninguna tentación viene á turbar; vosotros que revestidos de la virtud del Dios Altísimo, *podeis* mejor que San Pablo, *todas las cosas en Aquel que os fortifica*: (1) vosotros que nos amais generosa y tiernamente, y que ardeis en el santo deseo de comunicarnos algo de vuestras divinas riquezas; no permitais ¡oh protectores nuestros! que rechazemos vuestra favorable asistencia ni os abandonemos con una indiferencia culpable, excluyéndonos así desgraciadamente de vuestros dones y beneficios. Por el contrario, os suplicamos con todas las fuerzas de nuestra alma, os digneis considerar nuestra pobreza y miseria viniendo en nuestra ayuda y tomando en vuestra mano nuestra defensa. Romped los lazos que los espíritus malos ponen para perdernos; disipad todas las ilusiones con las cuales intentan seducir nuestra ignorancia: detened las violencias de que se sirven para triunfar de nuestra debilidad; hacednos participantes de vuestras celestiales luces; y haced más todavía: hacednos participantes de vuestro amor: dadnos esa gracia

divina que como *un río impetuoso alegra con sus corrientes la ciudad santa*. (1) Introducidos nos mas profundamente en el cuerpo místico del Señor, para que *cumpliendo la verdad en el amor, crezcamos incesantemente en el Cristo que es nuestra Cabeza, y que distribuyendo a cada miembro una actividad medida, forma y liga todo el cuerpo con armonías y sujeciones diversas y lo hace crecer por su acción en la santa caridad*. (1)

CAPITULO II.

De la gran utilidad de la devoción al glorioso Señor San José.

HEMOS procurado explicar en el capítulo precedente, cómo los santos sirven para hacer descender hasta nosotros los dones de la liberalidad divina: para completar lo que hemos dicho e instruirnos mas á fondo en estos

(1) Fluminis impetus laetificat civitatem Dei. (Ps. XLV).

(2) Veritatem facientes in charitate, crescamus in illo per omnia qui est caput Christus; ex quo totum corpus compactum et connexum, per omnem juncturam subministrationis, secundum operationem in mensuram uniuscujusque membri, augmentum corporis fecit in aedificationem sui in charitate. (Ephes., IV).

misterios que dan á nuestra alma un aliento tan fortificante y tan suave, restarianos penetrar mas adelante en la organización interior de este ejército de auxiliares de que Dios se rodea para enriquecernos de sus beneficios. Tendríamos que distinguir los diferentes órdenes de las *constelaciones* sobrenaturales, y determinar qué naturaleza y qué parte de influencia cada una de ellas está *encargada* de ejercer en este sagrado ministerio. Tendríamos que designar en seguida las principales estrellas de ese cielo misterioso, los principales santos que nuestra Iglesia honra, y decir la operación que conviene á cada uno cuando se trata de retirarnos de nuestros pecados y hacernos adelantar en la virtud.

Mas si esta ciencia *distinta* es sumamente deseable, confesamos que es con mucho superior á nuestras fuerzas. Perdidos como estamos en las tinieblas que cubren nuestra tierra maldita desde el pecado del primer hombre, ¿cómo podríamos alcanzar enteramente con el pensamiento esos ejércitos luminosos que se mueven en el seno de las claridades de Dios? Los astrónomos no llegan á contar todos los astros que Dios hace lucir en el firmamento que se extiende sobre nuestras cabezas; mucho menos aún, llegan á dis-